

# De la ilusión del oasis a la emergencia ultraliberal

*Eduardo Saffirio Suárez*

En el debate público sobre el estallido social de 2019, la derecha más dura suele sostener simultáneamente dos tesis tan simples como contradictorias. Por un lado, insiste en que todo se redujo a la acción de grupos delincuenciales desatados. Por otro, afirma que se trató de una operación cuidadosamente planificada y dirigida por determinadas fuerzas políticas. Ambas interpretaciones intentan explicar un fenómeno de enorme magnitud mediante factores contingentes, terminando por ignorar procesos sociales y políticos que se venían incubando desde hacía largo tiempo.

Atribuir un hecho de esa envergadura a la acción de vándalos o a una conspiración partidaria resulta insuficiente para comprender lo ocurrido. Lo que Chile experimentó en octubre de 2019 fue la manifestación visible de tensiones estructurales acumuladas durante años. La ciencia política y la sociología han estudiado procesos semejantes desde hace décadas. Sin ánimo de agotar una literatura vasta, resulta útil recurrir a algunos autores clásicos que continúan ofreciendo herramientas particularmente valiosas para interpretar este episodio, limitando las referencias a los aportes de Gabriel Almond, James Coleman, Lucian Pye, Joseph LaPalombara, Ted Robert Gurr y Samuel Huntington.

## 1. Modernización, distribución y expectativas crecientes

Los trabajos de Almond, Coleman, Pye y LaPalombara mostraron que los procesos de cambio social acelerado generan inevitablemente nuevas demandas hacia las instituciones políticas. El desarrollo económico, la expansión educacional y la creciente complejidad social producen expectativas cada vez más elevadas respecto de la distribución de oportunidades, recursos y bienes públicos.

Desde esta perspectiva, Chile enfrentó durante años una tensión distributiva persistente. El país fue presentado como uno de los casos más exitosos de América Latina, pero detrás de los indicadores macroeconómicos favorables se acumulaban crecientes cuestionamientos respecto de la calidad de la salud, las pensiones, la educación, el acceso a la vivienda y las oportunidades de movilidad social.

El problema no radicaba únicamente en los niveles de ingreso. También se relacionaba con la percepción de que los beneficios del crecimiento se distribuían de manera desigual y de que amplios sectores de la población enfrentaban obstáculos permanentes para acceder a estándares de bienestar que consideraban razonables. El descontento surgió de la creciente distancia entre las expectativas generadas por el propio progreso y la incapacidad del sistema para satisfacerlas de forma equitativa.

## **2. La privación relativa y la ilusión del oasis**

Ted Robert Gurr desarrolló esta idea en su obra fundamental sobre el porqué de las rebeliones. Su concepto de privación relativa constituye una herramienta útil para comprender fenómenos de protesta masiva en sociedades que no necesariamente experimentan crisis económicas catastróficas.

La tesis de Gurr sostiene que el conflicto político no surge simplemente de la pobreza absoluta, sino que aparece cuando las personas perciben una brecha creciente entre aquello que consideran legítimamente alcanzable y las oportunidades reales de las que disponen para lograrlo.

La teoría de la privación relativa adquiere especial relevancia al observar la evolución económica chilena durante las últimas décadas. Durante casi treinta años el país experimentó uno de los ciclos de crecimiento más prolongados de su historia. Ese proceso elevó significativamente las expectativas de movilidad social, bienestar y acceso a oportunidades de amplios sectores de la población.

Sin embargo, a partir de la década de 2010 comenzaron a observarse indicios de desaceleración económica. Desde aproximadamente 2014, la expansión de la economía perdió dinamismo, la productividad se estancó y el crecimiento de los ingresos familiares se volvió considerablemente más lento. Las aspiraciones construidas durante décadas de progreso continuaron aumentando, mientras las oportunidades para satisfacerlas lo hacían a un ritmo mucho menor.

Desde la perspectiva de Gurr, esta situación resulta propicia para la agudización de sentimientos de privación relativa. El problema radica en la creciente distancia entre aquello que las personas esperan razonablemente alcanzar y aquello que perciben como efectivamente posible.

En este sentido, la desaceleración económica intensificó tensiones que ya venían acumulándose desde hacía años.

La metáfora del oasis reflejaba esta desconexión. Mientras una parte de las élites observaba estabilidad y éxito macroeconómico, una proporción significativa de la ciudadanía experimentaba crecientes dificultades para transformar sus expectativas en mejoras efectivas y sostenibles de bienestar. La contradicción entre ambas percepciones terminó convirtiéndose en una fuente explosiva de frustración social. Muchos de los factores asociados a este freno permanecen vigentes, pues el crecimiento potencial continúa siendo bajo, la productividad mantiene un desempeño decepcionante y la capacidad de la economía para generar aumentos significativos de ingresos sigue siendo limitada.

### **3. Crisis de representación y desborde institucional**

La explicación se completa con los aportes de Samuel Huntington. En sus estudios sobre el orden político en las sociedades en cambio, Huntington desarrolló el concepto de pretorianismo de masas para describir situaciones en las que la movilización social avanza con mayor rapidez que la capacidad de las instituciones para canalizarla.

El rasgo más llamativo de octubre de 2019 fue precisamente la debilidad de las estructuras tradicionales de intermediación política. Millones de personas se movilizaron sin conducción partidaria efectiva, sin liderazgo sindical o gremial centralizado y sin organizaciones capaces de representar de manera estable sus demandas.

La hipótesis que atribuye el estallido a una supuesta coordinación partidaria resulta difícil de conciliar con esta realidad, pues aquel proceso se caracterizó por la profunda crisis de legitimidad de los propios partidos políticos. La baja participación electoral, los escándalos asociados al financiamiento de la política y el creciente descrédito de las instituciones habían erosionado severamente los mecanismos tradicionales de representación. El resultado fue un desborde social que encontró escasos canales institucionales capaces de procesar las demandas emergentes. La movilización se expandió mucho más rápido que la capacidad del sistema político para comprenderla y encauzarla.

### **4. El espejo del pasado**

La crisis de representación observada en 2019 tampoco constituye una anomalía dentro de la historia chilena. Los antecedentes historiográficos muestran similitudes llamativas con las tensiones que caracterizaron el período final del Estado oligárquico.

Las huelgas de Valparaíso en 1903, el mitin de la carne de 1905, la huelga de Antofagasta de 1906 y la matanza de la Escuela Santa María de Iquique en 1907 evidencian un patrón recurrente. Amplios sectores sociales expresaban demandas que las instituciones existentes resultaban incapaces de procesar adecuadamente. Frente a ello, una parte importante de la oligarquía tendió a atribuir el conflicto a agitadores externos o a problemas de orden público, soslayando las tensiones estructurales asociadas a las condiciones de vida de la población.

Como es obvio, la analogía no supone que ambos períodos sean idénticos, pero permite advertir una constante histórica. En momentos de fuerte conflictividad social, una parte de la dirigencia chilena suele privilegiar explicaciones centradas en el control del orden público, subestimando los factores económicos, sociales y políticos que alimentan el malestar.

## **5. El repliegue de la movilización y la agenda de la emergencia**

Resulta llamativo que, pocos años después, una parte importante de la élite política y económica parezca actuar bajo la premisa de que las causas profundas del estallido habrían desaparecido. El fracaso de los procesos constitucionales, la creciente preocupación por la seguridad y el triunfo de Kast han favorecido una interpretación según la cual el malestar quedó completamente en el pasado.

Sin embargo, el repliegue de la movilización no equivale a la desaparición de las tensiones de fondo. La desigualdad, el endeudamiento de las familias, los bajos ingresos, las dificultades de acceso a bienes públicos de calidad y la desconfianza hacia las instituciones continúan formando parte de la realidad. Confundir el cansancio ciudadano con conformidad constituye un error de diagnóstico potencialmente grave.

Lejos de atender estas señales, hoy asistimos a un giro político radical en ciertas dirigencias. Este sector ha transitado aceleradamente desde la antigua ilusión del oasis hacia la instrumentalización de la emergencia, operando bajo una lectura que asume que las causas estructurales del malestar han sido superadas por el cansancio ciudadano. Amparado en este diagnóstico, el nuevo gobierno de derecha se encuentra impulsando una agenda económica y social

de corte ultraliberal que amenaza con profundizar la desprotección social de la ciudadanía. Los intentos por reconfigurar el Estado buscan la eliminación de los impuestos progresivos, rebajas sustanciales al impuesto corporativo y una drástica reducción del gasto público, debilitando las capacidades del aparato estatal en materias de políticas sociales.

A estas medidas de repliegue fiscal se suman otras de desregulación en materia ambiental, a la que comienzan a agregarse anuncios de modificaciones destinadas a flexibilizar los mercados laboral y crediticio. Esta ambiciosa refundación derechista no surge del descuido, sino de una estrategia discursiva cuidadosamente diseñada que apela de manera permanente a una supuesta situación excepcional. El recurso a la emergencia busca alinear a los partidarios, neutralizar a la oposición y facilitar la aceptación social de reformas de carácter regresivo, bajo la premisa temeraria de que la urgencia y el agobio ciudadano doblegarán la resistencia a este programa.

### **Conclusión y lección política**

La principal lección de octubre de 2019 no estriba en justificar sus expresiones más violentas ni en ignorar los problemas de seguridad que lo acompañaron. Consiste en comprender que los conflictos sociales de gran magnitud rara vez emergen por generación espontánea y casi nunca desaparecen solo por dejar de ocupar el centro de la agenda pública.

Cuando las tensiones de distribución y representación permanecen sin respuesta durante largos períodos, suelen reaparecer bajo formas distintas y en momentos inesperados. La estabilidad democrática depende precisamente de la capacidad de las instituciones para reconocerlas y procesarlas antes de que vuelvan a desbordarse. Actuar como si el estallido hubiera sido únicamente un problema de delincuencia o una conspiración política significa ignorar las lecciones más elementales que ofrece la historia nacional. El riesgo verdadero radica en olvidar demasiado rápido octubre de 2019 y, con ello, repetir el error histórico de confundir la ausencia de movilización con la desaparición del malestar.